

La Liturgia Eucarística

Kristopher W. Seaman

Como sabemos, el vocablo eucaristía, significa “acción de gracias”. El dar gracias significa ser agradecidos, es decir, dar gratitud. “Gracias” es la respuesta que ofrecemos a alguien que ha hecho algo por nosotros o que nos ha dado algo. No es tanto que Dios nos haya dado algo, sino que nos dio a alguien: a su propio Hijo. En la Plegaria Eucarística dirigimos nuestra oración a Dios, por medio del Hijo, para que el Espíritu Santo convierta el pan y el vino en el cuerpo y la sangre de Cristo, para que así entremos en una comunión más profunda con Dios y con los demás. También pedimos para que seamos transformados, para que “llenos de su Espíritu / seamos un solo cuerpo y un solo espíritu”. Por lo tanto, esta oración es nuestra respuesta al inmenso regalo de amor que nos ha sido dado, especialmente en la Eucaristía.

La Plegaria Eucarística, la oración de acción de gracias y santificación, es el “punto central y el momento culminante de toda la celebración” (*Ordenación General para el Uso del Misal Romano*, 78). Puesto que esta oración es la cumbre, todo lo que sucede en la liturgia nos conduce a este punto culminante. Se prepara el altar, las ofrendas del pan y el vino se traen en procesión, se entregan al sacerdote celebrante (o diácono) para preparar estas ofrendas. Entonces, comienza la Plegaria Eucarística cuando el sacerdote presidente proclama las palabras: “El Señor esté con ustedes”. La gran oración concluye con el canto litúrgico del “Gran Amén” por parte de toda la asamblea. A la fecha, existen once Plegarias Eucarísticas de las cuales el sacerdote puede escoger una de ellas: I–IV, 2 para Misas de reconciliación, 1 para Misas por varias necesidades y ocasiones, y 4 para Misas con niños.

A la Plegaria Eucarística le sigue el Rito de la Comunión, que es una subdivisión de la Liturgia Eucarística. Este rito consiste en la Oración del Señor (Padre Nuestro), el Rito de la paz, la Fracción del pan, la Procesión para la comunión, el periodo de silencio y/o el canto de acción de gracias y, finalmente, la Oración después de la comunión. La *Ordenación General para el Uso del Misal Romano* (IGMR), el documento que contiene la mayoría de las rúbricas para la celebración de la Misa, declara: “En la oración dominical se pide el pan cotidiano, que para los cristianos evoca principalmente el Pan eucarístico, y se implora la purificación de los pecados, de modo que, en realidad se den a los santos las cosas santas” (81).



Esta es una bellísima declaración: “de modo que, en realidad se den a los santos las cosas santas”; lo que nos hace santos, el cuerpo y la sangre de Cristo. Una vez que hemos pedido el “pan de cada día” se nos invita a ofrecer un signo de paz. La Sagrada Escritura nos presenta a Cristo mismo, extendiendo este saludo de paz a sus discípulos: “¡La paz sea con ustedes!”. A la vez que Cristo nos ofrece su paz, nosotros mismos extendemos nuestra paz a los demás. La paz de Cristo nos llama a la santidad y nos prepara para la recepción de su cuerpo y de su sangre. Entonces se canta el “Cordero de Dios” o “Agnus Dei” mientras que el sacerdote celebrante o el diácono fracciona la hostia consagrada como preparación a la Procesión para la

comunión. Este no es un momento funcional, sino que contiene en sí mismo una hermosa teología: “nosotros, que somos muchos, en la comunión de un solo pan de vida, que es Cristo, nos hacemos un solo cuerpo” (ver IGMR, 83). Esta es una definición de comunión: muchos nos convertimos en uno en Cristo Jesús.

En la Procesión de la comunión ocurren tres cosas. La primera acción es la procesión en sí misma; la segunda es el Canto de comunión o de la antifona; y la tercera, es la recepción del Cuerpo y la Sangre de Cristo. El fin del Canto de comunión: “Debe expresar la unión espiritual de quienes están comulgando, demostrar la alegría del corazón y poner de relieve el carácter comunitario de la procesión de los que van a recibir la Eucaristía”. La acción de procesar, el canto mismo y la recepción del Cuerpo y la Sangre de Cristo, manifiestan todos juntos el ser mismo de la asamblea litúrgica que es llevada a una comunión o unidad más profunda con el Dios Trino.

Finalmente, la Liturgia de la Eucaristía concluye con un periodo dedicado a la oración en silencio y la Oración después de la comunión. Esta es la oportunidad para que la asamblea litúrgica ore para que el Cuerpo y la Sangre de Cristo den fruto en su vida misma. Cada parte de la Liturgia de la Eucaristía—así como de la Liturgia de la Palabra—está relacionada al Dios Trino que actúa en nuestro medio y que nos llama a ser santos, como nuestro Dios, que es santo.

KRISTOPHER W. SEAMAN, MA, MAT, es el subdirector de la Oficina para el Culto Divino de la diócesis de Gary, Indiana.